

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al Director de GIL BLAS.

LO QUE CORRE POR AHI

—¿Vd. no se va?
—Por qué me he de ir?
—Porque es moda tomar baños... salir a veranear.
—¿A dónde?
—Hombre, a cualquiera parte. Ya ve Vd. que el verano se nos echa encima. Y que el veranito viene flojo este año. Ya, ya! Apenas ha hecho calor que digamos.

Camino del Prado.

—Con que esta noche tenemos verbena... Pues señor, habrá jaleo. Te aseguro que si la chata baila con el sastre, uno de los tres va al hospital o a otro sitio. ¿Me esplico?
—Tan acabao te liene esa chica?
—La conocí en la calle Mayor. Habia yo entrado en una roperia á mercarme un pantalon de campana y un chaleco de yerbas que habia visto colgados en un palo y que me estaban gustando hacia un año. Estaba yo, como decia, en la tienda probándome el pantalon de campana cuando entró ella con un lio. No fué mal lio el que yo sentí cuando la ví. ¡Hola! Tomasa, ¿ya están los chalecos? le preguntó el ropero. —S señor, yaya cuando yo doy una palabra ni el rey! Y desatando el lio, mostró unos chalecos que no habia más que ver. Allí empecé á hacer disparates, compré un chaleco, le encargué otro, y al cabo del mes me encontré con siete chalecos y una cita que me dió en la Plaza del Progreso, junto al puesto de agua, al lado de donde se pone el mozo de cordel.

—¿Y te dijo que te queria?
—Algo más. Me dijo que era sola, porque la madre que tenia habia sido madre de una amiga que se murió, y desde entonces le llamaba á ella hija, por tener alguien á quien querer y á quien sacarle los cuartos.

—¿Sabes que es una ganga la chica? Joven, sola y con unas manos que se gana lo menos diez y nueve cuartos al dia haciendo chalecos. ¿Qué suerte tienes, tunante!
—Peró estoy escamiao con eso de las categorías sociales. El sastre es su superior, ella lo mira como un jefe, y ahí tienes lo que va á ser causa de mi perdicion.

Poco después llega Tomasa la chalequera, acompañada de su mamá, un ciego toca las habaneras, el sastre baila con ella, y dos horas más tarde se averigua que á consecuencia de una riña un hombre va al cementerio y otro al hospital.

Al dia siguiente la chalequera vuelve á hacer chalecos en compañía de su mamá.

Bien dice la gente: sin mujer no hay diversion completa.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

En la Puerta del Sol.
—Gracias á Dios que le encuentro á Vd.
—¡Hola, D. Segundo!
—¿Qué hay?
—Poca salud.
—No es eso.
—Pues qué, ¿se ha descubierto qué hay mucha?
—Que no pregunto por la salud ni por el dinero.
—Es Vd. muy feliz.
—Hablo de cosas.
—Pues le diré á Vd. las cosas de mi casa no van mal... Mi mujer ha dado al mundo, con toda felicidad, dos robustos niños... más robustos que Vd., señor don Segundo.

—¿Y qué importa eso?
—Pues apenas importa... Lo que es para mí nada hay que importe tanto.

—¿Y qué va Vd. á hacer con esos dos niños?
—Hombre, lo que hace todo el mundo. ¿Quiere usted que los tire? Criarlos.

—¿Y criarlos para qué?
—¿Como para qué? En primer lugar, para que vivan, y despues para que sean utiles á la patria.

—¿Qué carrera va Vd. á darle?
—Veremos por dónde despuntan. La abuela está muy empeñada en que se haga su gusto.

—¿Cuál es el gusto de la abuela?
—Dice que uno debe ser fraile y otro soldado.
—Mire Vd., no va descaminada la abuela.

—Sin embargo, yo tengo hecha mejor elección.
—Difícilmente.

—Yo quiero que sean uno torero y otro director de La Correspondencia.
—Tampoco va Vd. descaminado.

En la peluquería.

—Rícame Vd. bien el pelo, que vienen dos dias de fiesta.

El peluquero. —¿Qué hay del emperador Maximiliano?
(El caballero se escama.)

El peluquero. —¿Qué dicen de Bismark en París?... ¿Y el sultan, llega pronto? ¿Ha venido el correo de la Habana? ¿Estuvo Vd. ayer en el Congreso? ¿Ha visto Vd. qué bonita es la vecina del segundo? ¿Con quién habla ahora? ¿Sabe Vd. si mañana mata Cayetano?

El parroquiano. —No, pero sé quien mata hoy.
—¿Pues hay hoy toros?
—No, pero hay peluqueros... ¡abur!

(El caballero se escapa á medio rizar.)

Un matrimonio, en el campo.

—¿Sabes qué hora es, Isidoro?
—Las siete.
—¿Nada más? Las siete de la mañana, y está una haría ya de estar de pie.

—Esto es muy sano.
—Ya, como nos acostamos con las gallinas.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesetas.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

—Mujer, en el campo, ¿qué quieres hacer de noche?
—En fin, pide el chocolate.
—Isidoro, ¿qué hora es?
—Las diez.
—Jesus, si hace una eternidad que nos levantamos.
—Qué quieres, en el campo esto es muy sano.
—Pide el almuerzo.

—Isidoro, ¿vas á dormir la siesta?
—Mujer, es natural; así mataremos dos horas.

—Isidoro, ¿quieres ver el reloj?
—Las cinco.
—Vamos á comer.

Un criado. —Un caballero que viene de Madrid pregunta por Vds.

—Este es mi amigo Ciriaco, á quien no podiamos sufrir en Madrid.

—Que pase adelante. Voy á echarme un vestido. (Dos horas de tertulia con el amigo Ciriaco, que tambien ha ido de Madrid buscando los placeres del campo.)

Las nueve de la noche.

(El matrimonio, acostándose):
—Vaya, vaya, cuánto me he alegrado de ver á Ciriaco.

—A lo menos nos ha distraido un rato.
—¡Ves, mujer, cómo en el campo se pasa muy bien el tiempo! Ya lo has visto hoy... ¡Hasta hemos encontrado con quien hablar!

Luis Rivera.

LA VERBENA

Romance.

Esta noche es la verbena, la verbena de San Juan; coge el manto, vida mia, vámonos á refrescar.

Ya se lanzan los simones por la calle de Alcalá, y retiembla el pavimento y se escucha el galopar.

Ya pregonan los muchachos el aloja y el agraz, y alborotan los chiquillos y regañan las mamás.

Calle abajo, calle abajo va la gente á pasear y á correr alegre el Prado, que está bueno de verdad.

¡Qué serena está la noche, qué estrellado el cielo está! Ponte pronto la mantilla que te voy á convidar, que esta noche es la verbena, la verbena de San Juan.

—¡Viva el rumbo madrileño, vivan las niñas con sal!
A un ladito, caballeros.

dejenmela ustés pasar,
 que si yo fuera de tropa
 tocaba la marcha *rial*,
 Echese usted fuera, *rubio*,
 que aquí va la *má'ala*
 ¡Aire, cabayeros, aire!
 ¡bueno! ¡no vale tocar!
 Anda sin cuidado, muchachía,
 que nadie nos hace *na*.

Pide por esa boquita.
 ¡Tía buena! ¿quioste parar?
 ¡Venga el agua con *bolao*!
 ¿Quieres más?—Eche usted más.
 ¡A ver si nadie me empuja
 ni me toca por detrás!
 ¡Cuánto debo? ¡Ahí va dinero!
 y vámonos, Soledad;
 vámonos hasta el Botánico
 ti al cerrillo de San Blas
 pa decirte yo á mis solas
 lo que á ti te guste más;
 la ocasion la pintar calva
 y es preciso aprovechar
 la ocasion de la verbena,
 la verbena de San Juan!

Así le habla un mozo bueno
 á una niña con rival,
 y á sentarse va con ella
 donde pueda á gusto hablar.
 Entretanto el ruido crece
 y la gente viene y va,
 se propaga el vocerío,
 se disputa sin cesar,
 se repiten las escenas
 de un par de siglos atrás,
 y hay un cuadro en cada grupo
 imposible de copiar.

Una niña cariñosa,
 se adelanta á su mamá,
 y le dice á un pollo triste:
 que mañana se verán.
 Un teniente de civiles
 le hace guiños á un caiman
 que parece á simple vista
 una mujer regular.

Aquí un padre afortunado
 con un candor sin igual,
 juego al toro con sus hijos
 y parece de verdad!
 Allí un joven de esperanzas
 se enzarza con un truhan
 y le dá dos navajazos
 con destreza... nacional.

Y entre el ruido de las voces
 y el barullo pertinaz
 se oyen cosas tan curiosas
 como voy á relatar:

Una vieja.—¡Qué gentío!
 Un vendedor.—¡A la graz!
 Un chiquitín.—¡Ji! ¡ji! ¡ji!
 que yo no quedo *jugal*!
 Una polla.—Caballero,
 le he dicho á usted una vez ya
 que puede usted retirarse
 y no molestarse más.
 Él.—Señorita, es posible
 que con esa cara tan...
 Ella.—Ustedes se figuran
 que una es como las demás...
 Una señora mayor
 que no puede respirar:

—Ay, yo le conozco á usted...
 Otra.—Por casualidad,
 ¡ha estado usted en Antequera?
 La otra.—Sí, dos años há.
 ¿Usted es la de Verduguillo?
 —¡La misma!—Pues es verdad!
 —Y cuándo ha venido usted?
 —El día de Navidad.
 —Vaya, pues me alegro mucho.
 —Gracias, puede usted mandar.
 Una rubia.—¡Adios, Pablito!
 Pablito.—¡Adios, Trinidad!
 La madre.—¡No le saludes!
 La rubia.—¿Por qué, mamá?
 La madre.—Porque es un tuno

y dicen que está muy mal!
 Un naranjero.—¡Naranjas!
 Un barquillero.—¡A jugar!
 Un señor gordo.—¡Ay! ¡mis callos!
 Un señor flaco.—¡Animal!
 Una viuda.—Ven, Luisito,
 no te vayan á pisar.
 —Señora, siendo de usted
 lo llevo yo hasta Tetuan
 en los brazos...

—Muchas gracias.
 No hace falta; sabe andar.
 —¡Abur, señor Cayetano!
 —¡Hola, Pepe!
 —¡Adios, chaval!
 —¿Quién quiere agua! ¡Azucarillos!
 ¡El Cascabel!

—¡El GIL BLAS!
 Y se aumenta el movimiento
 y el reir y el achuchar,
 y el que salga libre y sano
 ¡qué dichoso que será!
 ¿A esto llaman divertirse,
 á esto llaman pasear?
 ¿esto es ir á solazarse
 y á pasarlo menos mal?
 Pues señor, renuncio al gusto,
 y acostado he de aguardar
 á que pase la verbena,
 la verbena de San Juan!

Eusebio Blasco.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

EL SULTAN.

Abd-ul-azis, el soberano de Turquía, debe llegar en breve á Paris si al fin consigue que los grandes sacerdotes se lo permitan, ó si cortando por lo sano dice á estos personajes:

—Caballeros, Vds. tienen razon, pero yo me voy á Paris.

Todas estas circunstancias, y sobre todo su traje y sus costumbres, despiertan algun interés, y voy á ensayarme en hacer un boceto de este monarca oriental para que le conozcan mis lectores.

Cuando el día 25 de junio de 1861 se vió obligado á abandonar el serrallo donde vivia encerrado para ir á la mezquita y convertirse, despues de ceñir á su cintura el alfanje de Osman, en *padischah* de los otomanos, las intenciones que le animaban eran las más buenas del mundo.

¡Tenia treinta y un año y salia del serrallo!
 ¡La poesia... oriental es una gran cosa!

Pues como iba diciendo, á pesar de sus treinta y un años era tan sencillote, tan bonachon, que si le hubiérais contado la historia del guapo Francisco Estéban, ó le hubiérais vertido en su idioma cualquier pieza de Oloña, de seguro os elige para generalísimo de sus tropas.

Las distracciones, los juegos, la música, el amor, estos eran los horizontes de su vida, ¡y era tan feliz... tan feliz!

... Pero llegó un día, y el gran ulema de Stambul le dijo:

—Rey de reyes, emperador de emperadores, desde hoy eres dueño de nuestro destino, manda y todos te obedeceremos.

Convengamos en que estas palabras no se pronuncian nunca impunemente.

El gran visir, temeroso de que el nuevo soberano tomase un mal camino, le habló largo y gordo acerca de las exigencias del poder, pero se mostró Abd-ul-azis independiente, y hubo gran conmoción cuando se supo, no sólo que habia rechazado la esclava que con arreglo á la costumbre oriental le regaló su madre, sino que se disponia á suprimir su harem como artículo de lujo.

Toda la prensa de Europa saludó este propósito con bombo, platillos y timbales; pero por lo visto se dolió de la suerte que aguardaba á las pobres mujeres, y el serrallo continuó como estaba.

El antecesor del actual sultan, Abd-ul-Medjid, instruido, amable, elegante, hasta meliflúo, pareció no tener más deseo que desmentir la idea que todos nos habíamos formado del gran turco.

Afortunadamente Abd-ul-azis ha devuelto á la dinastía otomana su carácter tradicional.

Y era natural que esto sucediese, porque todo revela en él, lo mismo las costumbres que el rostro, que es un verdadero turco.

Su cabeza es grande, arrogante, huesosa; su mirada severa, sus cejas sombrías, su barba abundante, compacta y negra como el azabache. Es, en una palabra, digno del hercúleo cuerpo que le sustenta.

¿Quieren Vds. ahora saber en qué emplea sus ocios el gran turco?

Apenas amanece se levanta, y sus complacientes ministros le esperan á la puerta del harem.

Antes de presentarse á ellos se desayuna en una de las habitaciones del serrallo, y allí, recostado sobre el divan de seda, con los brazos medio desnudos como un simple mortal, hace los honores en toda regla á las montañas de arroz y á las aves de todas clases que constituyen sus platos favoritos. Terminado el almuerzo, entran las bayaderas á bailar y los narradores de cuentos ó los astrólogos, y divierten durante algun tiempo á su señor.

Acto continuo, y para ponerle de buen humor, le hacen sus cortesanos que visite unos días los cuarteles, que aparecen á su vista llenos de soldados, otros un arsenal lleno de municiones, otros una respetable flota. Como se arreglan para ofrecer este espectáculo á su soberano, nadie le sabe; pero hay quien cree que la mayor parte de los soldados son muñecos rellenos de paja, que las balas son de corcho pintado de negro, y que si ve las flotas es porque están hábilmente pintadas en el cristal de su catalejo. Para que no llegue el día en que se desengañe, le han hecho creer sus ministros que la economía es una gran cosa; así es que prefiere los juegos de los juglares y de los astrólogos á las tareas serias propias del jefe de una nacion.

Es tan amante de la economía, que habiendo hallado su gran visir el medio de economizar en los gastos una suma importante, para manifestarle su gratitud por esta gran conquista, le regaló públicamente un palacio que valia doble de la cantidad que importaba el ahorro que probablemente podria hacerse.

La generosidad del sultan es proverbial. De buen grado pasaria su vida haciendo regalos, si los regalos no costasen nada á su bolsillo particular. Pero cuando lo paga el Estado no hay nadie más espléndido que él. Cada una de sus cacerías cuesta tanto como lo que importa el presupuesto anual de un duque alemán. Esta reputacion legítimamente adquirida, ha sido causa de que pase un mal cuarto de hora un principe europeo.

El principe fué á visitar al sultan. El sultan, á su vez, quiso pagarle la visita, y segun la costumbre oriental, sus servidores condujeron á casa del principe las pipas adornadas con diamantes y los marghiles enriquecidos con pedrerías, unas y otros para que se sirviese de ellos el sultan en la morada del noble extranjero.

Terminada la visita se fué el sultan con su comitiva, y creyendo el principe que le obsequiaba con aquellos objetos preciosos, los mandó empaquetar cuidadosamente, y dos días despues se hizo á la vela, llevándose la idea más ventajosa de la generosidad del sultan.

Pero al llegar á su país, despues de haber pagado los portes del viaje, recibió explicaciones y no tuvo más remedio que devolver á su dueño los marghiles y las pipas.

Es verdad que la persona encargada de recogerlas dijo al principe que no podia dejárselas, porque no pertenecian al Estado.

El sultan se ocupa poco de los negocios. Tiene gran confianza en sus ministros y mucha afición á la vida regalada. Despues de emplear el día como le indicado, á la hora en que se acuestan las gallinas, el gran llavero de la Sublime Puerta, ó sea el sultan, vuelve á su harem.

Y allí, ¿qué pasa? preguntará el lector curioso. Tanto como eso no lo sabe GIL BLAS. Los ulemas pretenden que el jefe de los osmanlis reza todas las noches nada menos que tres veces el rosario musulman, que tiene noventa cuentas, cada una de las cuales representa un atributo de la divinidad.

—Pero, ¿eso es cierto?

Como no se puede entrar en el harem, porque los eunucos guardan la puerta, no hay más remedio que creer á los ulemas.

Gil Blas.

CABOS SUELTOS

En la fiesta del Corpus
la ví de lejos.
Ha sido muy hermosa
en otros tiempos.
Hoy... ¿lo diré?
La niña de mis ojos
está fanée.

El editor Durán ha dado á luz *El Pájaro*.
Este pájaro no es de cuenta, sino de Michelet, tradu-
cido por una persona que sabe lo que se escribe.
Tiene esta obra capítulos admirables, como el de *los*
tropicos, la noche y la luz, y otros que no cito por falta
de espacio.

En fin, para terminar,
El Pájaro es cosa rica;
y se advierte que no pica
al que compra un ejemplar.

¡Oh candidez de los pocos años!
Dos chicos se enseñaban mutuamente los regalos que
habían recibido de sus padres con motivo de sus días.
El que tenía más regalos dijo al otro:
—¡Rabia, rabia!
—¿Y por qué tienes tantos regalos?
—¡Toma! ¡Porque tengo más papás que tú!

Porque se quiso retratar en busto,
á su marido Pepa dió un disgusto.
Por un exceso de amoroso empacho,
á su marido Pepa dió un muchacho.
Porque al muchacho le negó un juguete,
á su marido Pepa dió un cachete.
Y recordando antiguos embelesos,
á su marido Pepa dió tres besos.
Con el dicho de Milton me acomodo,
aunque muchos lo tengan por locura:
—*En este mundo la mujer da todo...
menos la paz del alma y la ventura.*

Con sonrosados matices
se anuncia la primavera,
y con truenos y borascas
suele anunciarse mi suegra.

—¿Saben Vds. por qué dice *La Esperanza* que su
bando debe llamarse *comunion*?
—Hombre, no.
—Porque *comulga* con ruedas de molino.

Así como á un ciudadano de Palma de Mallorca que
se sembró cebada le salió trigo, yo trato tambien de hacer
una experiencia desde que *El Pensamiento Español* nos
ha dicho que es el *garbanzo negro* de la prensa.
Voy á preparar la tierra.
Sembraré el garbanzo negro de *El Pensamiento*.
Y, Dios mediante, recogeré una castaña.

El inconveniente.
SONETO.

Lectores, la mujer que mi alma adora
encantos tiene mil, os lo confieso;
y no es extraño que me robe el seso
su hermosura sin par, deslumbradora.
¡Ay! todo el que la mira se enamora,
y hasta varones de innegable peso,
arrehatados por amante exceso,
han pedido su mano encantadora.
Tiene los ojos negros y rasgados,
fresca la faz de rosas y azucenas,
los labios purpurinos y delgados.
Son las formas purísimas y llenas.
Solo tiene un defecto que me mata;
uno, pero terrible: ¡es literata!

GIL BLAS ve con mucho gusto la aparición de libros
bien escritos. Por ejemplo: *Los cantares* del poeta ali-
cantino D. Juan Ortego Gironés.

Es una linda coleccion de versos tan sencillos como de-
licados.

Otro escritor de aquella ciudad, y amigo nuestro por
más señas, el Sr. Lopez Carrafa, prepara un tomo de
humorísticos capítulos que (lo sabemos de buena tinta)
le han de gustar mucho al público respetable; y decimos
esto, porque el autor es un chico muy guapo. Lo mismo
gana una accion que escribe un chiste.

Dicen que deleitado
te mira un ciego,
que un mudo cuando pasas
te echa requiebros.
Y un sordo dice
que ha escuchado que un manco
piensa escribirte.

La sociedad editorial *La Maravilla* dice en un pros-
pecto:

«El periódico, el teatro y la novela, de algun tiempo
á esta parte, son los grandes cómplices, los infatigables
propagadores de la impiedad y del error.»

La Maravilla, que ha vivido hasta aquí de los propa-
gadores del error, quiere vivir ahora de los propaga-
dores de la verdad.

No le hagais caso, — es el negocio que pasa... ¡Cerrad
las puertas!

He visto el *gran concierto musical*, por los hermanos
Vilesy, en el circo del Príncipe Alfonso. Son dos ita-
lianos con muy buena sombra, capaces de hacer reir á
un suscriptor de *La Esperanza*, que es lo más serio que
han descubierto los naturalistas.

Uno de los hermanos, llamado Pepino, toca admirable-
mente un pito, sirviéndose de un fuelle que agita su
hermano.

Las peripecias cómicas que se les ocurre antes de en-
trar en el concierto son divertidas hasta dejarlo de sobra,
y el público se rie grandemente.

La empresa del circo del Príncipe Alfonso ofrece
10.000 rs. á los gimnastas que se encuentren en Madrid
y quieran efectuar en una de las funciones ejercicios
iguales á los que verifican los hermanos Segundo.

En materia de equilibrios y saltos peligrosos conozco
yo á muchos que podrian ganarse esos 10.000 reales,
pero todavia no se atreven á trabajar en público.

Sr. Director de GIL BLAS.

La farsa de los anuncios que todos los días leemos va
tomando grandes proporciones. Si Vd. quiere publicar
estas líneas, se lo agradecerán los engañados por esos
remedios que se venden tan caros y que cualquiera pue-
de obtener fácilmente. Ejemplo:

Revalenta arábiga. — Camelo, bombo, un capital em-
pleado en anuncios. Total: un comestible inofensivo, ha-
rina de lentejas y garbanzos tostados. Ni más ni menos.
Desafío á que se me pruebe lo contrario.

Jarabe de Labelouye contra las afecciones del cora-
zon. Camelo caro. Seis onzas de agua con una dragma de
dijital, añadiéndole seis onzas de jarabe comun ó azúcar
clarificada.

Jarabe de denticion de Delabarre. — Tres onzas de
vino blanco generoso y tres de miel, que se hacen cocer
juntas por 5", añadiendo un escrúpulo de azafran, y se
cuela en seguida.

Basta por hoy. — UN SUSCRITOR.

Se ha publicado el *Anuario* de la sociedad artistico-
musical de Socorros mútuos, y resulta que en el último
año (séptimo de su creacion) ha aumentado su capital
con 41.907 rs., producto de las funciones y conciertos á
beneficio de la sociedad.

No han salido mal para los tiempos que corren.

Bismark coqueton. — Así se llama un sombrero que
usan ahora las señoras.
—¿Y por qué ese título?
—Porque Bismark, aunque viejo, cuando mira á una
mujer bonita se le derriten los ojos.
—¡Ah, picarillo!

Concierto de GIL BLAS.

(Imitacion de los de Barbieri.)

PROGRAMA.

- 1.° *Apretura* de bolsillo para la Exposicion, del maestro *¿A ver?*
- 2.° *Sinfonitis* sobre motivos particulares, en do... mingo, por el maestro Polvorini.
- 3.° *Cuadrilla*, en des poblado, por los sucesores del maestro *José María*.
- 4.° *Gran marcha de las pesetas*, canto lastimoso á grito pelado por el coro de *vecindad*.

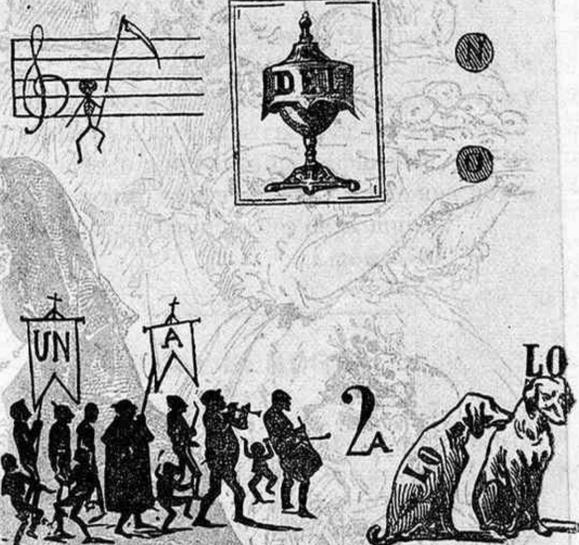
(Veinte minutos de murmuracion.)

- 5.° *Roman el del Vino*, por el tío *Tomás*.
- 6.° *Fritura der Freir-atun*, del célebre compositor *Beber*.
- 7.° *Conventitis e frailitis*, desengaño gordo, por los hermanos *Cuquinis*.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:—Cáceres.

JEROGLÍFICO



CHARADAS

1.°
Un día, al par que admiraba
de prima, segunda y terciá
las orillas, descansaba
bajo un árbol, pues me hallaba
poseido de la inercia.
Apoco me levanté
de segunda tras primera
segunda y terciá tomé,
y las manos me manché
con su cuarta y su terciá.
Ahora el verla me dá grima;
la regalé á terciá y cuarta
por ser terciá con prima,
y es tanto lo que la estima
que jamás de ella se aparta.
Buscad, queridos lectores,
su solucion de algun modo;
ignoro si dará flores,
pero sé que es planta el todo.

2.°
Mi segunda, por primera,
muy aplaudido se vió
há poco en tierra extranjera,
y el todo le tengo yo,
tú te tienes y cualquiera.

Acertijo.

Cosa necesaria soy
á cuanto existe y respira:
—quien más de mí se retira,
más se acerca donde estoy.

(Las soluciones en el número próximo.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

LA VERBENA DE SAN JUAN



— ¡Deme Vd. de ese buñolito, prenda!
 — ¡Yo también quiero!
 — ¡Y yo!
 EL GACHÉ (al paño). — ¡Me parece que aquí se va a armar una de palos!

Editor responsable, D. José PAREX.
 MADRID: 1867.
 IMPRENTA DE R. LABAJO, CALLE DE LA CAJAZA, 57.